Comentarios de la Lección

III Trimestre de 2009
Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan

Lección 2
11 de Julio de 2009

Experimentar la Palabra de vida

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo"* (1 Juan 1:3).

Introducción

Si el apóstol Juan pudiera estar entre nosotros, por cierto hablaría más o menos de la siguiente manera: "Yo he visto a Jesús. Hablé con Él. Vi los milagros que Él hizo. Y sentí como Él me transformó. Pude percibir cómo él amaba a la gente. Muchas veces pude ver la ingratitud hacia Él, pero nunca lo vi respondiendo mal. Pude ver cómo él amó a todos y cuánto Él quería que todos fueran salvos. Sentí cómo sufrió en su interior al estar entre la gente, hacer el bien, sanar, enseñar, y estas personas demostraron realmente poco interés por la vida eterna".

"Al comienzo, luego de dejar de ser pescador, yo era una persona ruda. Pero él me miró con el íntimo deseo de cambiar mi vida. Eso me impresionó tanto que no pude resistirlo. Fui fuertemente atraído por aquél sincero deseo de convertirme en un ser humano capaz de amar y ser amado, que dejé que Él hiciera lo que fuera con mi vida. ¿Y qué fue lo que Él hizo? Transformó a aquél rudo pescador en un hombre humilde, manso, obediente a los principios del amor".

"Fue entonces que ocurrió mi experiencia más fuerte e íntima con el Maestro de amor. Fue cuando lo apresaron. Allí había uno de los nuestros entregándolo en manos de las autoridades. Era Judas. En aquél momento no comprendía que hacía Judas en el bando contrario. Tampoco entendí por qué Jesús no hizo nada para liberarse de ser apresado. Yo estaba allí, queriendo hacer algo por Él, pero me sentí nada. Quedé aterrorizado al ver cómo se estaban sucediendo los hechos. Al juzgarlo lo condenaron a ser crucificado, pero yo sabía, casi como todos los que estaban allí, que Él no era culpable de nada".

"Lo llevaron a una colina, fuera de la ciudad, donde generalmente crucificaban a los criminales. Lo levantaron bien alto, para que todos los vieran, para que surtiera el efecto de sembrar temor al Imperio Romano. Aún cuando había sido entregado en manos del terrible poder romano, Él no hizo nada para liberarse. A esta altura de los acontecimientos vi que había una persona que no apartaba de Jesús. Era su madre. No resistí, y mi cobardía al sentir que no podía hacer nada fue sustituida por la decisión de quedarme al

lado de aquella mujer. Era su madre, y él no la desamparó. Aunque no podía hacer nada por Él, al menos –a diferencia de sus discípulos– ella valientemente se quedó lo más cerca posible de Él".

"Vi como fue azotado, cómo sufrió con la corona de espinas, cuán duro fue para Él cargar la cruz. Nada de eso tenía sentido en mi mente, el Maestro de amor sufriendo de esa manera. ¿Por qué los hombres eran tan ingratos para con ese hombre del que yo estaba seguro que era Dios?".

"Entonces, cuando ya estaba muy débil, colgado ya de la cruz, me quedé bien cerca de Él, junto a su madre, que por nada del mundo se apartaría de Él. Yo estaba al lado de aquella mujer mirándolo, cuando en un momento Él levantó su rostro, todo ensangrentado, con los ojos llenos de sangre, y miró a su madre. Con mucho esfuerzo, exclamó: 'Mujer, he ahí tu hijo'. Luego me miró a mí. Jamás había visto tanto amor en una mirada como aquella. Y Él dijo: 'Hijo, he ahí tu madre' (Juan 19:26, 27). De un momento a otro sentí que debía cuidar de la madre de Jesús como si fuera mi propia madre. Y eso fue lo que hice hasta el final de su vida. Y luego que Jesús partió al Cielo, todavía aprendí mucho sobre Jesús junto a su madre. Por eso admiré aún más al Hijo de Dios".

"Pero el momento que más me impresionó fue cuando, en su momento de máximo dolor, exclamó a Dios diciendo: 'Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen' (Lucas 23:34). Más tarde, luego de que Él resucitara, entendí aquellas palabras, y toda su manera de actuar en aquellas horas terribles. El sólo estaba amando a toda la humanidad de un modo tal que dio su vida por todos nosotros. Entonces sí, después de que Él ya no estuvo más entre nosotros, pasé a amarlo como nunca antes".

"Yo vi todo eso, estuve allí, escuché lo que Él dijo y vi cómo Él amó a todos. Sé que es así, por eso salí al mundo a contarles a todos los que pudiera acerca del amor que Él tiene por las personas".

La introducción de la primera carta de Juan (1 Juan 1:1-4)

Juan y los demás discípulos tuvieron un privilegio que sólo nosotros tendremos en breve. Fue el privilegio de ver a Jesús, de oírlo, de presenciar cómo era su carácter, de vivir algunos años con Él, de aprender directamente de Él, de ver cómo trabajaba, de ver su poder, de observar su fidelidad con el Padre, de notar el poder de la fe en Él, de sentir el poder de la oración, de poder reflejarse en Él y asimilar su carácter y ser como Él es. Pronto tendremos el privilegio de ver a Jesús, esta vez en gloria y majestad, no como un humilde ser humano mortal, sujeto al pecado. Ellos proclamaron lo que habían visto, y nosotros, basados en eso, en la seguridad de que lo que ellos escribieron es verdad, proclamaremos que pronto lo veremos. Así como lo que ellos hablaron provenía de la certeza de lo que habían visto, así nosotros hablamos de la certeza de que lo veremos.

En esos tres años y medio que estuvieron con Cristo, ¿a qué certeza llegaron? Llegaron a la conclusión de que ese Hombre era Dios, el Mesías esperado, el Salvador del mundo, aunque esperaba a alguien que los librara del yugo del Imperio Romano. Aunque esas comprensiones erróneas respecto de Jesús, en relación con la misión, comprendieron correctamente que Él era el enviado de Dios, según las profecías. La comprensión principal que debían discernir fue la correcta. A partir de ese entendimiento, más adelan-

te, luego de la resurrección de Jesús, comprendieron correctamente lo que faltaba acerca Jesús.

Notemos, los integrantes del Sanedrín, que sabían quién era Jesús, pero que endurecieron sus corazones para no aceptar la realidad de los hechos, para no aceptar que Él fuera Dios, también a partir de esa rebeldía no lograron entender la misión de Jesús. Así ha sido durante toda la historia del Cristianismo. Todo ser humano que tenga alguna luz sobre la verdad, pero que rechace esa luz, dejará de entender el resto de la luz que se proyecte sobre él. Es como si no hubiera más luz para él. Aunque esté todo iluminado, él vivirá como si todo fueran tinieblas. El no aceptará una nueva luz por resistir aquella que ya rechazó hace más tiempo. Así continuará rechazando todas las nuevas verdades que le fueran presentadas. Así fue en todos los tiempos, y así es en nuestros días. Todos estos, si no cambiaren de actitud, morirán en su rebeldía, pues se trata de una elección persona que debe ser respetada.

Que no sea así con nosotros. Debemos ser humildes, y jamás resistirnos a lo que la Biblia dice ni lo que fue escrito por el profeta del Señor. Procura ver si en el pasado, en los personajes bíblicos que se mantuvieron humildes, algunos de ellos fracasaron. Y procura encontrar a alguien orgulloso, que haya vencido sin cambiar de actitud. Los humildes vencen simplemente porque confían en el Señor, como Juan, y permiten que el Señor guíe sus vidas. Estas personas viven como si fueran el propio Señor en la tierra. Y sus testimonios son fieles, y muchos, sólo por el hecho de ver la vida de esas personas, se interesarán por la salvación.

1 de Juan y Juan 1

La manera en cómo el apóstol Juan comienza su libro y la primera epístola es muy parecida. Hay más semejanzas que diferencias, y las diferencias no son sustanciales.

Semejanzas entre Juan 1:1-5 y 1 Juan 1:1-5	
Juan 1:1-5	**1 Juan 1:1-5**
Hubo un principio.	Hubo un principio.
El verbo era Dios, y estaba con Dios.	El Verbo de la Vida.
La creación se dio por medio del Verbo.	
La vida estaba en el Verbo y era la Luz.	
La Luz prevalecía sobre las tinieblas.	
	Indirectamente habla de la revelación: hemos visto la manifestación de la Vida; testificamos de ello.
	La comunión se da entre los santos y entre éstos con el Padre y Jesucristo.

Notemos sólo las semejanzas. En los dos pasajes se hace referencia a que hubo un principio, refiriéndose al Verbo, a la Vida y a la Luz (aunque en 1 Juan esta Luz se de por medio de la interpretación, o sea, de las enseñanzas del Verbo).

Veamos las diferencias. En Juan se habla que el Verbo era Dios, y estaba con Dios. Por lo tanto se trata de dos personas. Pero en 1 Juan eso no aparece de ese modo. En Juan también se deja bien en claro que el Verbo participó de la Creación, lo que no se encuentra en 1 Juan.

Analicemos los énfasis. En Juan se enfatiza la creación y la luz prevaleciente sobre las tinieblas, y en 1 Juan se enfatiza el testimonio de los hombres que estuvieron con el Verbo y en la comunión entre los salvos y Dios.

¿Qué nos dice esto? Es una progresión de revelaciones. Los dos hablan de que hubo un comienzo de todo, que hubo creación. En el libro de Juan vemos a la vida inicial y a la luz que iluminaba la vida. Pero en 1 Juan vemos la situación después del pecado: el Verbo entre nosotros enseñándonos acerca de la salvación y, como consecuencia, generando una armonía por la comunión entre los creyentes y entre éstos con Dios y Jesucristo.

¿Y que significa todo esto? Que si creemos, si estamos en comunión con nuestro Creador y nuestro Salvador, retornaremos nuevamente a como era en los tiempos previos a la entrada del pecado, a los tiempos en los que la luz prevalecía sobre las tinieblas. Saldremos de la luz de la revelación y de las enseñanzas de 1 Juan hacia la luz completa que encontramos en el libro de Juan.

La Palabra de vida

Jesús es presentado por Juan como la "Palabra de la vida". En el contexto bíblico, y considerando la historia de Jesús, ¿qué significa esta expresión? Significa varias cosas al mismo tiempo. Jesús tiene las palabras que nos indican el camino hacia la vida. Él tiene las enseñanzas por las cuales lo encontramos a Él, el Creador y el Dador de la vida. Con respecto a esto, Jesús nos dice: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Por otra parte, Jesús mismo es la Vida. El es capaz de dar vida, de resucitar, de transformar una persona mortal en una inmortal. Él es capaz de dar su propia vida, muriendo, como lo hizo, y de restaurar su propia vida pues, más allá que en esos días era un ser humano, además era –al mismo tiempo– Dios.

Jesús estuvo presente en la Creación. Participó de ella, y por medio de Él todas las cosas fueron hechas. Por lo tanto, Él es Creador y, para nosotros, mucho más que eso, es el Salvador. Ser eso significa tener los atributos de perdonar los pecados y rescatar a las personas de la muerte eterna, habiéndose hecho él mismo mortal y habiendo participado de la muerte eterna en nuestro lugar. Notemos bien esto, la muerte que Jesús enfrentó fue la segunda muerte, de la cual nadie saldrá vivo, excepto Él, que venció esa muerte. Fue esa muerte la que Él soportó en nuestro lugar. La angustia previa a la muerte que Él debió soportar será semejante a la que soportarán los impíos antes de que ellos mueran por segunda vez.

Por esa razón Jesús, sólo Él, es la Palabra de la Vida.

Testigos oculares

La Lección comienza, casi sin intención, ejemplificando hechos que a las personas les gusta ver personalmente, o que terminan viendo sin quererlo. Es, por ejemplo, el caso de un accidente, o de un crimen. Quien lo ha visto se convierte en un testigo. A veces es peligroso haber visto a alguien cometer un crimen, especialmente si se ha tratado de un

delito relacionado con el narcotráfico, pues se convierte en un blanco que hay que "desaparecer", como se dice. Muchos criminales en la actualidad matan a las personas que pueden eventualmente testificar en contra de ellos. Al final del milenio no se correrá ese riesgo. Aunque Satanás y los que estén con él, tengan ira en contra de aquellos que estén dentro de la Ciudad, y quieran eliminarlos, tendrán que ver ellos mismos sus actos de rebeldía, y ellos mismos se condenarán por lo que hicieron.

Pero quería llamar la atención hacia algo que aparece en la Lección y que no puedo dejar pasar por alto sin hacer un comentario. Yo he sido en un tiempo un aficionado a un equipo de fútbol. Hace mucho tiempo, cuando leí por primera vez los libros de Elena de White, descubrí que aquellos que quieren alcanzar la victoria sobre la tentación, deben dejar los juegos o deportes competitivos de lado. Peor todavía si fueran violentos como lo es el fútbol, ya sea dentro del campo de juego, o fuera de él. Hay violencia en la propia naturaleza del juego, hay violencia en la disposición de los jugadores y los fanáticos ("hinchas") y muchas veces se llega a la violencia del daño físico corporal, que lesiona, durante o después del partido. Eso es muy común, y cada vez escuchamos más noticias al respecto.

Pues bien, dejé eso, y nunca más me interesé por el fútbol, ni por las carreras automovilísticas, etc. ¡Cuánto tiempo gané con esa decisión! ¡Cuánta salud gané o recuperé por no involucrarme con el nerviosismo y las presiones a los que los fanáticos son sometidos! He notado entonces algo casi increíble: ¡cuánto afecta el fútbol a los siervos de Dios! ¡Cuántos son los buenos predicadores que no logran dejar de ver, incluso a veces yendo a los estadios a un partido! Mi función es sólo alertar con respecto a esto, nada más, pues la decisión es absolutamente personal. Pero deben de saber que en el Cielo tendremos atracciones mucho más superiores al juego, y que se hubiera convertido en alguien dependiente de él, no estará allí, pues sentiría la falta de él.

Si conocemos lo que está mal, y nos mantenemos en ello, hace que lo malo se convierta en algo deseado. Y a esto la Biblia lo llama rebeldía.

Continuando con el comentario, a lo largo de la Historia hubo muchos testigos de Cristo. Fueron personas que tuvieron una íntima relación con Dios durante sus vidas. Tenemos los ejemplos de Enoc, Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, Elías, Eliseo, David, Salomón, los apóstoles, Pablo, Elena G. de White y muchos otros. Hemos enumerado sólo unos pocos de aquellos que a lo largo de la Historia tuvieron una relación íntima con el Salvador. Dentro de ellos, encontramos a algunos que estuvieron personalmente con Él, como lo es el caso de los apóstoles.

Nosotros también podemos ser testigos de Jesús. Podemos y debemos serlo. No lo hemos visto, y no somos profetas (aún no, pero en los últimos días lo seremos). ¿Cómo podemos ser testigos de Jesús? Puede parecer hasta contradictorio, pero aquellas personas que en sus vidas fueron las peores personas, esas son las que reúnen las mayores condiciones para ser testigos que las demás, que no practicaron pecados, diríamos, tan veniales. ¿Cómo es esto? Podemos ser testigos de Jesús demostrando la transformación que Él hizo, y hace, en nuestras vidas. Así, por ejemplo, un drogadicto se convierte en una persona normal, dejando las drogas. Un homosexual se convierte en una persona con su sexualidad correctamente definida, según sea hombre o mujer. Imaginemos incluso un caso más radical, un pedófilo, un asesino serial, convirtiéndose en una persona de bien (aunque deba, por su propia seguridad y la de los demás, quedar restringido en su libertad).

Nuestro pasado tiene valor. El pasado sirve para que las demás personas comparen entre lo que éramos y lo que ahora somos, luego de entregarnos a Jesús. Ellas verán cuánto puede Jesús hacer en una persona. Hay casos en los que la ciencia dictamina que ya no se puede hacer más por una persona. Y puede haber alguien que pueda demostrarles a los hombres y a la ciencia, el poder de Dios para transformar las vidas. Quiero decir con esto que no hay situación que Jesús no pueda resolver, no hay un carácter que Él no pueda transformar. Basta con entregarse totalmente a Jesús, y la transformación será operada desde ese instante en adelante. Pero si la entrega no es total, puede durar décadas como un miembro de iglesia, y nada cambie en tu vida. Entonces ese será un testimonio en contra del poder de Dios, que denigre su capacidad de cambiar vidas, un falso testimonio.

Comunión con los santos

Los cristianos que siguen a la Biblia, según sus enseñanzas, viven una situación bastante adversa. Ellos están en un mundo donde son una pequeña minoría. Calcula cuál es la proporción de los cristianos fieles a la Biblia en el mundo. Podría ser como el 0,2 %, o sea, un quinto del uno por ciento.

Somos un grupo aislado en el mundo. Eso significa que vivimos de modo diferente a los demás y, aún así, estamos intentando atraer a los demás a nuestro estilo de vida. Existen en el mundo innumerables atractivos intentando hacer lo mismo con nosotros, es decir, intentando persuadirnos, seducirnos, a vivir como el mundo desea. Por lo tanto estamos en un sistema de influencias: nosotros buscando convencer al mundo de que nuestro estilo de vida es superior, y el mundo intentando convencernos de que ese otro estilo de vida es más atractivo.

Aquellos que, entre nosotros, no estén convencidos de la superioridad del estilo de vida que corresponde a los seguidores de Cristo, en tal situación necesitan de una fuerza extra aparte de la convicción personal. Ellos necesitan del poder de Dios. En caso contrario, el mundo los engullirá vivos, y se convertirá como el mundo, aunque permanezcan en la iglesia.

Para obtener ese poder extra, necesitan tomar una decisión: entregarse a Cristo. Sólo eso, y tiene que ser una entrega total. No pueden dejar de entregar, por ejemplo, el cabello, o las uñas, o el cerebro, o algunos platos de comida, alguna clase de bebida, o algún tipo de conversación, entre miles de otras cosas. La entrega tiene que ser total para que sea eficaz. Al hacer tal entrega, la persona estará optando por una reforma general que el Salvador concrete en su vida. Esa entrega es personal, y cada uno que quiera salvarse debe hacer uso de su opción. Y, tal como lo dice la Lección, nadie puede respirar por otra persona, cada uno inspira el aire a sus pulmones, y vive de ese aire. Así, cada uno necesita tomar su decisión personal si quiere vivir por la eternidad o si, eventualmente, no lo quiere.

Una vez tomada la decisión, la persona se desliga del mundo, de las antiguas amistades, de las viejas prácticas y antiguas costumbres, y pasa a una nueva vida, con nuevas amistades, y nuevas costumbres. Pasa a formar parte de una nueva comunidad, la de los creyentes en Cristo. Se hace de amigos que para el mundo son extraños, pero son personas que están cada día viviendo en correspondencia con Aquél que los creó, que

es Dios. Esas personas, cada día, se familiarizan cada vez más con el Padre Celestial, con el Hijo de Dios y con el Espíritu Santo. Las familias de esas personas se vuelven emocionalmente más estables, allí aumenta el amor entre sus integrantes, aumenta la felicidad, mejora la salud. La vida antigua de la cultura de las telenovelas deja lugar a la nueva vida de la cultura celestial.

En síntesis, se genera en quien se entrega a Jesús, la necesidad de pertenecer a una comunidad especial. Esa comunidad es extraña para el mundo. Pero es una comunidad muy privilegiada, pues en ella participa el Creador del mundo y del universo. Y, más allá de eso, aún siendo una minoría en la tierra, es una comunidad que se prepara para formar parte de una comunidad universal. Después de la redención de este mundo, tendrá el placer de convivir con hombres y mujeres de todos los tiempos, desde la creación del mundo, así como con los demás seres inteligentes de otros planetas en el universo.

Aplicación del estudio

Jesucristo es quien reveló a Dios. El mismo es Dios, así como el Padre es el Espíritu Santo. Pues si el Espíritu Santo no lo fuera, ¿cómo podría estar al mismo tiempo en todos los lugares presenciando lo que hacemos, y abriendo la mente de aquellos que están sinceramente interesados en seguir a Jesús? Los ángeles no son omnipresentes, por eso cada uno tiene el suyo, pero el Espíritu Santo tiene esa, y otras facultades, que sólo Dios posee. Por eso puede ser nuestro Consolador.

Juan convivió con Jesús. En sus escritos nos presenta a un Jesús maravilloso, Alguien que no le interesa demasiado nuestro prontuario. Para Él nuestro pasado no vale nada siempre que queramos cambiar de rumbo. El no quiere que las cosas malas de nuestro pasado influyan en nuestra vida futura. Él quiere que nos entreguemos a Él para que, por medio del Espíritu Santo, cambiemos radicalmente nuestra vida. La única función de nuestro pasado es, en este mundo, mostrar cuánto puede cambiar Dios nuestra vida.

Ahora bien, ¿cómo ocurre este cambio? Es aquí donde muchos cristianos fracasan. Para que el cambio realmente se produzca, todo hombre o mujer debe entregarse a Jesús así como un niño se entrega a su madre y a su padre todos los días. Para eso la persona debe pedir, cada día, que el Espíritu se lo haga recordar cuando esté por caer en tentación, para que siempre que esté por hacer algo indebido ore pidiendo fuerzas para evitar la caída.

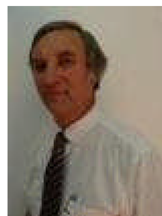
El hecho de que nos levantemos en un llamado no va a producir un cambio en tu vida. Puede ser el inicio, pero se necesita avanzar más luego del comienzo. Comienza una lucha. Puedes tener la seguridad de que, si hay una entrega total a Jesús, tendrás problemas. Eso es normal aquí en la tierra, es así que se libra la guerra espiritual. Puedes estar seguro de que aquellas viejas rutinas de pecados se manifestarán en tu vida con una intensidad mayor. Para eso debes ser recordado, por el Espíritu Santo, de orar en la hora de la debilidad. Ese es el gran secreto para vencer y ser santificado: orar cuando más lo necesitas, cuando más débil te sientas.

Puedes hacer lo siguiente: ora por la mañana, y durante el día. Ora varias veces, pidiendo fuerzas para vencer tus flaquezas y para sustentar tu determinación de mantenerte fiel a Jesús. Ora también para recordar que puedes pedir auxilio, en forma de oración, en el momento exacto de la flaqueza o la tentación. Haz la prueba. Si en un momento de tentación, sea la que fuere, oras y pides poder de lo alto, si en aquél mismo instante la

tentación no cede. En los casos en los que esa debilidad ya se haya instalado en tu mente, por la que se haya convertido en rutinaria, no será en una o dos veces en que ella cederá para siempre. Tendrás que luchar. Pero cada victoria irá debilitándola, hasta que quede subyugada y no moleste más. Entonces serás libre de ese pecado. Para los demás, cada uno de ellos significará una nueva batalla, que puede durar días, semanas o meses. Así se vence el mal. Sólo es necesario orar cuando más necesitemos fuerzas de Dios. Esas oraciones siempre son escuchadas a una velocidad fulminante para el pecado. Estos pedidos de socorro son considerados la prioridad número 1 para Dios. No intentes nunca luchar con tus propias fuerzas cada vez que te sientas atacado por Satanás, o al sentirte amenazado por tus propias debilidades que ya están incorporadas en tu mente. Ora inmediatamente, y descubrirás cuán fácil es vencer. Y es fácil porque inmediatamente contarás con un poder de dimensiones infinitas.

Y debes saber una cosa esencial: Jesús está mucho más interesado en transformarnos que nosotros mismos. El nos ama mucho más de lo que nosotros nos amamos a nosotros mismos. Confía en Él como un niño, y permite que Él haga aquello que tú jamás lograrías hacer.

Prof. Sikberto R. Marks



Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática